

Bodega, T13 (1) p.4

EMILIO RODRÍGUEZ M.
(A. de Géry)

115845

GOTAS DE ABSINTIO

PRÓLOGO

DE

RUBEN DARÍO

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES
Bandera, 73

1895

~~A.P. E 39 T. 4 (Nº 9 P. 1.)~~

EMILIO RODRÍGUEZ M.

(A. de Géry)

1105845

GOTAS DE ABSINTIO

—♦♦—
PRÓLOGO

DE

RUBEN DARÍO

—♦♦—
SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

Bandera, 73

1895



BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"DIEGO BARROS ARANA"

PREFACIO

El autor de este pequeño libro tiene veinte años fuertes i frescos: pertenece a una honorable familia; es un trabajador asiduo, como lo demuestra en sus tareas de *La Lei*; i si sigue las aguas sociales i mundanas de su hermano Manuel—aquel a quien dediqué mi libro *Abrojos*; un libro tambien de veinte años!—debe vestir elegantemente, i frecuentar el Municipal, la Alameda i el Parque Cousiño.

Ahora, esto os lo advierto, lectores, porque él quiere que se le tenga por un bohemio, como lo demuestra el

espíritu i la letra de todos estos cuentecitos, mas bien poemas en prosa, que ha bautizado con el peligroso nombre de "*Gotas de Absintio.*"



Bohemia!... divino reino ya desaparecido desde hace largo tiempo. ¿Pero es que ha existido alguna vez? No hai duda, como Matachin i como las Islas de las Rosas. El cuento eterno empezará siempre así: "Este era un rei de Bohemia..." Mas aquí abajo, en el mundo de las "jentes" la soñada Bohemia no ha existido jamas sino como causa de penas i duelos para muchos vibrantes i alegres espíritus que de repente han sentido el daño del veneno de sus sueños.

"Siete meses despues de la muerte de Murger—acaba de escribir Fermin

Maillard—el 1.º de Setiembre de 1861, un amigo escribía ya: "Jamás muerte alguna suscitará tantas asnadas i estupideces como la de ese hombre de *esprit*. Sobre su tumba misma... "Si, eso había pronto comenzado; i después de treinta i cuatro años, pensad si hai hoy acumulacion!... Vivo Murger, no fueron pocas las afrentas... Todas esas tonterías vienen de ese diablo de palabra: *bohemia*, mal definida, mal comprendida, i que cada uno interpreta a su manera! Alguien encuentra a Murger en Marlotte "chez le père Sacot," i pronto consigna el hecho en sus *memorias*: "Murger semble rasséréné comme en une convalescence d'absinthe." No habría hablado de otro modo de un alcoholista, es evidente. ¡I bien! yo he conocido a Murger, le he visto con frecuencia, i no recuerdo si tomaba o nó tomaba ajen-

jo; pero lo he visto siempre mui sobrio, cuidadoso de su persona, i correcto de *tenue*, moral i físicamente. 11

He ahí lo que dice ese amigo íntimo del Homero de la bohemia parisiense. El público, i sobre todo la parte del público que por organizacion cerebral i repugnancia psíquica, tiene a todos los artistas, a los escritores, a los soñadores, a los poetas, un invencible horror — ¡la familia Pipelet es inmensa! — saca enormísimo provecho de tal cual apariencia o fantasía; de allí el desgarramiento de pieles inocentes, que no tienen mas pecado que amar el grande aire azul, las aguas cristalinas de los sueños i las amables caricias de las musas coronadas de rosas.



Conste, pues, que *A. de Géry* no es

un bohemio. La factura de sus cuentos está ejecutada de *chic*, como se dice en la jerga de los talleres artísticos. I si le gusta el ajenjo, debe de tomarlo con mucha agua i mucha parsimonia, porque de lo contrario ni le tendria en su seccion el Director de su diario, ni trabajaria adelantando siempre, como lo hace, ni llegaria a los puestos a que en su patria ha de llegar por su jeneroso i propicuo talento.



El cual se demuestra en estas pájinas, en que si se notan aun las dificultades de todo comienzo, se trasparen tan asímismo un amor puro i noble del arte, adoracion a la inmortal belleza, vuelos hácia el misterio, vagas visiones de ensueño, i la fé i la esperanza, virtudes supremas del elejido.

Dos autores, confiesa *A. de Géry*

que han sido sus guías e inspiradores; uno es Edgardo Poe. Por cierto que en algunos—en uno sobre todo—de estos poemas, nótase inmediatamente el *pastiche*. Mas salva al autor la sinceridad, i el poner a cada paso algo de su espíritu i de su vida.



Este primer libro es un feliz augurio de otros superiores. Yo me atrevería a saludar en Emilio Rodríguez Mendoza a uno de los mejores escritores futuros de su país, es decir de nuestra América. *Tu Marcellus eris!*

Dice el grande Ernesto Hello, en uno de sus mejores libros: "Celui qui peut dire à un travailleur inconnu: Mon enfant, tu es un homme de genie! celui la mérite l'inmortalité qu'il promet." Yo no diré tanto a mi jóven amigo. Però reconozco en él, el prin-

cipio de algo que se alza en un anhelo de luz i de belleza, sobre las abominaciones escritas i las logorreas incurables que la Mediocridad ambiente ha esparcido desde antaño sobre el alma criolla.

Se vencerá ¡oh jóvenes, oh amigos, oh compañeros de América!—pero no os embarqueis en galeras de oro, al reino nuevo, sin preparar un buen bagaje i una buena coraza. No dejeis de llevar con vosotros a nuestra vieja nodriza la Gramática; i si veis mas tarde, en el mar inmenso, una barca que flota, ya casi desvencijada i al irse a pique, que tenga por nombre *Azul...* no echeis en olvido que un pobre antecesor vuestro trajo en ella las gallinas...

RUBEN DARÍO

Buenos Aires, Agosto, 1895.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"



BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"DIEGO BARROS ARANA"

EL SUEÑO DE UN BORRACHO

Despues de noctambular por las callejuelas de la ciudad, Claudio volvió a su cuartucho, a traves de la lluvia i del barro, con su sombrero invernal sumido hasta las orejas i envuelto en su amplia i verdosa bufanda negra.

—Oh!, decia entre dientes, ¡qué hermosa noche he pasado en el circo!...

Afuera la lluvia i dentro el *clown* con sus muecas grotescas i dislocadas... I Margot, esa *Reina del aire*... Hoi en el circo; mañana de vendedora ambulante de su carne sonrosada de jóven prostituta!

.....



—Veo la vida negra i oscura, balbuceó, dejándose caer en su lecho.

Solo la imájen de una mujer alumbra con el destello de sus ojos brillantes la negrura del sendero... I esa mujer es la meretriz impúdica que rompe delirante sus galas de lirio, la Vénus vulgar, la última de las bacantes, que marcha embriagada i loca, borrando con sus plantas la senda del pudor.

Oh, ¡Margot! Tu seno marmoreo está desnudo, cubierto apénas con los amplios bucles de tu cabellera desgredada, que desató el vicio con sus dedos de hielo; en tu cuerpo ebúrneo palpita el poema del hambre i la miseria; en tu falsa risa, en tu carcajada histérica, cuando apuras la copa de los deleites sensuales, hai algo como el jemido de la flor marchita, que suspira por el rocío de su primer mañana...

.....



Claudio se encaminó despues a tientas, buscando entre los papeles en desórden i las botellas vacías de blancas etiquetas, un resto de licor, de ese buen licor que traía a su mente fantasmas i mujeres, de ese buen compañero con que iba siempre de viaje al país de los sueños.

Pero la musa triste, la fúnebre musa del delirio, que solia visitarle en sus noches de insomnio, batia sus negras alas en el fondo del vaso!

Apuró la última gota de absintio i dejó caer en el lecho sus huesos enfermos.

—Sí, dijo luego, incorporándose, el ajenjo puede aturdirme; pero la alegría ha huido lejos, mui lejos de mí...

.....



Un resplandor ténue i vacilante, que iluminó fugazmente su mesa de trabajo, llevó hácia ella su vista espantada de visionario.

—Todos lloran, murmuró, todos sufren, todos deliran...

Ahí está Poe. Era un niño... Va tambaleándose. El dolor dilata la comisura de sus labios i dibuja en su hermoso rostro las líneas trágicas de los enfermos del alma. Marcha a su lado Betti, empapando en llanto los harapos del jenio; le sigue Verlaine, el monstruo, la encarnacion de esa misteriosa poesía que implora i blasfema, sacudida por la neurósis que ajita sus nervios gastados; i luego Baude-

laire, segando las *flores del mal*, las perfumadas flores del mal...

Van sin fe i sin amor—agregó, levantando la copa vacía hasta sus labios temblorosos...

.....



Afuera sonaba la lluvia i oíase a lo léjos, perdida a la distancia, la voz melancólica de un vendedor de café...

—Cuánto me consuelan estas horas, tartamudeó apénas, estas horas piadosas en que la fiebre envuelve con su manto funeral todos mis ensueños i todas mis esperanzas...

¡Ah! ¡la mano implacable, la escondida mano implacable de la suerte!...

¿Sueño?... Me parece escuchar una voz que me pregunta por mi destino...

Pero nadie contesta...

El silencio mortal de la nada, el jesto sombrío del escepticismo, reina en torno de los textos polvorosos de los sabios i los doctos!...

.....



El borracho, demente o loco, hizo un esfuerzo para levantar nuevamente su vaso; pero

la embriaguez rindió sus fuerzas desfallecidas... Entónces vió algo extraño.

Su mesa empezó a jirar, sus libros a moverse; i surjieron de ellos mil figuras fantásticas i caprichosas que vió desfilar una a una.

Estaban ahí revueltos i convulsos los hijos de este siglo de neurósis; i allá, en otro rincón oscuro del cuarto, vió levantarse a los personajes evocados en la *Comedia Humana* por el genio portentoso de Balzac... Tras ellos, Nana, abandonando la escena de la apoteósis de su carne desnuda, para marchar confundida entre la turba de grisetas del boulevard que mendigan un sorbo de licor a la puerta de cafées i restaurants... I, en seguida, ese mundo de la miseria, para el que no hai asilo, para el que no hai salvacion... Buteau i Francisca. Los mismos personajes de *L'Assommoir* que huyen de Paris.. Pero el cieno llega hasta su terruño, al surco mismo en que labran la tierra negra.

I, luego, Saccard, en el dia de su derrota; despues Claudio Lantier, aquel genio desequilibrado por incurable neurósis... Toda esa muchedumbre de locos, hambrientos i prostitutas, que ha hecho palpar el negro pesimismo de Zola... ¡La realidad de la vida en toda su

repugnante desnudez!... La aristocracia del vicio i los aldeanos de Beauce; el Conde Muffat, temblando de lujuria i Nana acariciando su propia carne...

I tras aquel grupo extraño, Zola con su rostro de luchador rendido, impotente, que desconfía de sus teorías i de sus anhelos de reformador.

.....



El ruido de la gran ciudad que empezaba a despertarse, vino a sacar de su sueño al buen bohemio, al poeta de las canciones al vino i al amor.

Disipábase la oscuridad para dar paso a los rayos opacos i frios de un sol de invierno...

Algunos carruajes iban a escape por las calles i junto con los gallos que cantaban a la mañana, pasó por la acera un ebrio, un trasnochador, tartamudeando una cancion con voz ronca e inarmónica.

A lo léjos, perdido entre la bruma de la mañana invernal, cruzó las calles un bulto negro, una sombra. Corria. Luego se detuvo para tomar aliento i prosiguió nuevamente su

camino bajo los árboles que chocaban tristemente sus ramas desnudas...

Era una muchacha flaca i pálida, envuelta en harapos. Seguía su camino descalza i empapada por la lluvia, con los brazos cruzados bajo su jiron de pañuelo...

.....



Un reloj cercano dió pausadamente las seis...

Entónces Claudio pudo esplicarse su sueño. La botella de *absinthe* habia desaparecido...





MUSOTTE

El pobre Bohemio, esclavo i prisionero de la miseria en su cuartucho tenebroso, enfermo del alma i del cuerpo, sintió algo así como una lijera i dolorosa sacudida allá en lo mas hondo de su cerebro, algo así como un estilete envenenado allá en lo mas hondo de su corazon....

I rompió a cantar locamente con el llanto en sus ojos apagados, con una especie de temblor miedoso en su armazon de huesos i nervios, con la risa histérica del *delirium*, esa mueca horrible del dolor que se embriaga...

Luego, apuró de un sorbo la copa de tintes opalinos, apretó los párpados, como para detener el curso de sus quemantes lágrimas, i murmuró entre dientes, acaso para olvidar el hambre que le mordía las entrañas:

—¡Oh! Musotte, tú eres mi musa, mi corte-

sana i mi amante, eres tú mi bella prometida, tú serás mi fiel esposa; porque yo, que te amo con mis postreros alientos de vida, he resuelto celebrar desposorios con la muerte...

Si tú no has de ser mensajera de la tumba que aguarda a los suicidas, a los hambrientos, a los que rinden culto a las demencias sublimes de Musset i Leopardi, de Poe i Baudelaire; si tú, mi bien amada, no eres la misma muerte, con los disfraces de la pasión, la juventud i la hermosura, ofréceme tus brazos, que ya siento la nostalgia de nuestras bodas satánicas...

¡Oh! Musotte, mi musa, mi cortesana i mi amante, llora, si aun quedan lágrimas en tu corazón de meretriz, llora mi fúnebre simbolismo; i despues, dáme una vez mas tus besos trémulos; una vez mas déjame escuchar tus libidinosas carcajadas, que me espantan i consuelan; déjame una vez mas que sueñe en tu espúreo lecho con la víbora de Cleopatra i los refinamientos de Mesalina...

Escúchame, desgraciada, impúdica mujer: siento frío en el brumoso cerebro...; siento el vacío inmenso de las almas huérfanas... Bríndame compasiva el beso supremo de los naufragos!...

I si no muero en tus brazos, si con mis besos no brota en tus labios la sangre envenenada que el vicio ha depositado en tus venas, cuéntame entónces ¡oh, tú, mi bien amada Musotte! aquel último, poético sueño, aquel idilio en medio del umbroso bosque, aquellos ósculos furtivos que diera a tu pudorosa inocencia un jóven caballero de yelmo dorado, de cimera de blancas plumas...

I miéntras llega la muerte, cuyas nupcias te reclamo, que me sea lícito recordar que fuí yo quien gozó de tus primeras caricias; que yo fuí quien te robó bajo unos árboles floridos, un rizo de tus negros, sedosos cabellos; que yo, Musotte, fuí aquel Don Juan de tus ensueños de vírjen, aquel jóven caballero de yelmo dorado, de cimera de blancas plumas...

.....





EL ÚLTIMO BESO

Anoche tuve un sueño...

En el aire parecía flotar un inmenso tul, blanco i perfumado, perfumado por un suave olor de senos juveniles...

Allá léjos, mui léjos del diáfano cendal, los suspiros, sedientos de amores, rimaban embriagadoras estrofas, el himno de los trémulos labios que se juntan i se besan...

Entónces el tul blanco i perfumado, perfumado por un suave olor de senos juveniles, se esfumó en el azul del cielo...

El misterio se desvanecía.



En el centro de una réjia alcoba, parpadeó por última vez la lamparilla de viejo Sévres.

El lecho de tallado palisandro, oculto tras el biombo de laca i crisantemos floridos, se perdió en las sombras...

I en aquel recinto silencioso del ensueño, comenzaron a nacer súplicas, rumores i lágrimas...

Repentinamente se escuchó algo así como el dulce jemir de encajes desgarrados, algo como el débil arrullo de frases que espiran al nacer, algo como la música fujitiva de los ósculos i las caricias...

Después... el lánguido sopor que finje siglos de dicha infinita; i luego... el diálogo sublime del amor satisfecho, el misterioso cantar de los cantares, el hossana triunfal de dos almas que se estremecen de júbilo...

Espiraba la noche en aquel rincón del paraíso.

Las primeras luces del alba llegaban hasta el lecho, curiosas i sonrientes.

De pronto, palideció la aurora como temerosa de que el buen sol la declarase cómplice de la felicidad que se escondía en el tálamo culpable...

Mensajera de la luz, penetró en la rejía al-

coba una golondrina de alas salpicadas de blanco, como ligeras plumillas de nieve.

Saludó a unas florecitas azules que agonizaban en un vaso de plata cincelada i les dió mil recuerdos de sus hermanas las violetas blancas. Los *no me olvides*, enfermos de nostalgia, se alzaron sobre el borde del vaso como si quisieran despedirse de sus bien amadas las mariposas del valle; pero ese mismo esfuerzo las aniquiló de muerte... i se hundieron sin vida.

La amante dormia, suelta la espléndida cabellera rubia sobre el edredon de raso encarnado, entreabiertos aun sus finos labios, levemente contraídos con la vaga sonrisa de los besos.

Impalpables i desgarrados encajes descubrian sus senos, frescos e incitantes como las frutas en sazon, erectos i orgullosos de belleza pecadora...

—¡Nupcial, nupcial!, cantó la golondrina, i batiendo sus alas nevadas, picó amorosamente al hermoso doncel, que descansaba reclinado en los blancos hombros, en la desnudez soberbia de la esposa adúltera.

—¡Nupcial, nupcial!, cantó de nuevo la mensajera de la luz...

I el amante huyó, huyó asustado al oirla...



Desde ese instante sufrí una especie de aturdimiento, que me pareció durar mucho tiempo, largos años...

Cuando desperté de aquel letargo, vi entrar a mi estancia un buho de grandes alas cenicientas.

Despues de escudriñar lo todo, se posó en la moldura de un viejo cuadro i se quedó mirándome con sus ojos vidriosos.

—Pájaro, maldito pájaro negro de figura demoniaca, le dije, quita, vuela de ahí, déjame soñar, déjame ver aquel rincon del pais del amor.

—¡Ah!... murmuró el buho, perdido en la semi oscuridad de un crepúsculo de invierno, concluyeron, para no volver, los idilios del lecho adúlturo... Entónces era la mañana...; ahora es la tarde...

Hallé tan estrañas las palabras de ese fúnebre heraldo que aparecia ante mí como un símbolo dolorosamente cruel de las miserias

del vivir, que, en medio de mi pavorosa sorpresa, sentí el deseo invencible de conocer el desenlace de esos efímeros amores.

El buho negro, de cabeza calva i mirar satánico, repetía, entre tanto, lentamente su enigmático estribillo:

—Entonces era la mañana...; ahora es la tarde...

—Cuéntame, cuéntame, le dije, espíritu del mal, por qué enmudeció ya la plácida canción de los amores, la música fujitiva de los ósculos i las caricias.

Impasible i sereno en la moldura dorada, el buho empezó su relato:

—La misma amante rubia, la misma infiel esposa que viera dormir entre los brazos de un jóven doncel la golondrina de alas nevadas, agonizó al fin en el lecho adúltero, en aquel rejoy aposento amortajado por la atmósfera del engaño i la lujuria.

—¡Ah!, pensé, qué velozmente trascurren los años; cuán efímera la embriaguez de la dicha; qué negro a veces el horizonte azul de la esperanza...

—Murió la esposa infiel... El esposo, al ver apagarse aquellos ojos que un tiempo despidieran tanto brillo, tanta luz, humedecidos los

párpados, temblorosos los labios, como si quisiera detener con su afecto inestinguible el vuelo de aquella alma, preguntó a la moribunda:

—¿Le amas todavía?

—Siempre...

Fué su última palabra, i se quedó dormida, dormida eternamente, dijo el buho, en la oscura noche del misterioso mas allá.

El marido, pobre víctima indefensa, en un arranque de compasiva desesperacion, le cerró los párpados i le dió un postrer beso en aquellos labios frios i desdeñosos, que solo entonces, por una estraña aberracion, dejaron de ser perjuros.

Calló el buho i voló a lo mas alto de una torre, cuyas campanas doblaban lenta, tristemente...

I miéntras yo repetia, casi temblando, su melancólico estribillo, el maldito pájaro negro cantó a lo léjos, en medio de la noche lóbrega:

—Entónces era la mañana....; ahora es la tarde...





EL PEQUEÑO CLOWN

A JULIO PRADO A.

El circo de allende el río levanta su rasgada carpa de lona cerca del viejo puente, que aun ostenta en medio de sus ruinas el último de sus arcos, verdadera puerta de entrada de miserable calleja.

Es la hora de la áspera música que anuncia a la mas abigarrada de las concurrencias, la exhibicion de unas muchachas pálidas, de ojos hundidos en órbitas agrandadas por la miseria, que brincan penosamente en el aire, en medio de los destellos fujitivos de sus trajes cubiertos de cintajos i lentejuelas.

Rodea al circo la vida i la animacion, el jentío de harapientos i vendedores, los ecos perdidos de lejana alegría, la risa de los ebrios.

Bajo la lona, el pueblo con sus gritos i sus muecas, el buen payaso, ídolo de la muchedumbre, cuya popularidad envidiarían muchas celebridades de oficio, saltando en el picadero, en medio del gozo que estalla al escuchar el canto loco i animado de la danza popular.



La función había empezado.

La murga arrancaba a sus instrumentos sonidos apenas perceptibles, una especie de estertor pausado i lento: música de taberna i de tugurio.

En la arena, inclinando el cuerpo ligeramente hacia atrás, uno de los pobres saltimbanquis iba hundiéndose una larga i ancha daga brillante.

Los viejos instrumentos dejaban escapar notas leves i dolientes, jemidos de miseria i de hambre, que acompañaban a los rumores de la alegría plebeya, a las hirientes risotadas de la jentuza de arrabal. I el viento se llevaba esos jemidos...

El público, ese gran monstruo estúpido,

salia de su habitual somnolencia, aplaudia i gritaba rabiosamente.

Le iba a llegar su turno al pequeño Tonny. Era una sorpresa que el cirquero reservaba para aquella noche.

¡Oh, el pequeño Tonny!

Quería conocerlo i me encaminé a su oscuro camarín.

Ahí, sobre un montón de trapos en desorden, entre barriletes para saltos, baúles, globos i cuerdas, Pierrot miraba al suelo con su cara untada de blanco i negro. El aire de la noche batía sus flotantes vestiduras de funámbulo.

Días atrás lo había visto desempeñando un rol importante en una compañía infantil de zarzuela... Entónces estaba risueño i alegre i sus ojos negros miraban al público llenos de gozo... Ahora, acurrucado en aquel rincón oscuro, con su traje blanco, aparecía como enlutado por el dolor.

La compañía de pequeños comediantes se había disuelto, dispersada por la mala suerte. Después del desastre lo habían contratado como *clown*... El *artista* había venido a parar a un circo de arrabal!...

¡Hiriente sarcasmo! La fortuna había roto de un manotazo todas sus esperanzas... Por eso aguardaba, triste i abatido, la hora en que un golpe de bombo le ordenaría aparecer risueño ante aquel público idiota.

—“Yo quería ser *artista*”, me dijo al salir.





POE

Poe está solo i pensativo. Le envuelve un ambiente insomne de enfermizo i fúnebre sopor.

En cada sombra ve esconderse una vision; en cada resquicio de la lóbrega estancia divisa las pupilas nictálopes del buho.

Las puertas abiertas, con sus fondos oscuros como nichos sepulcrales, le parecen ataúdes gigantescos.

La luz de su rincon favorito es luz mortuoria.

¡Oh! el extraño gabinete del enterrador de un mundo de ilusiones.

.....



Fuma, fuma i bebe taciturno.

Las espirales del humo, en lentas contorsiones, se retuercen, oscilan, envuelven en su hálito azulado, a veces formas vagas e indecisas, que se alejan riendo, riendo tristemente; a veces espectros informes, cubiertas con vestiduras flotantes, a manera de hopalandas que destilan cieno i podredumbre.

.....



¡Pobre, solitario caminante, soñador de la senda dantesca!

Ha penetrado a la profunda, sombría grieta donde los pasos del viajero resuenan como errante sollozo; ha penetrado a la tenebrosa mansion de la exantropía.

¿Qué ocultos senderos sigue la idea en su tormentoso cerebro?

.....



Fuma, fuma i bebe taciturno. La copa maldita está llena. Bulle i chispea.

La luz dibuja en los muros fantasma enorme, negro. Es la sombra del poeta.

.....



La noche... muda. De tarde en tarde, cantan a dúo el cuervo i el buho.

Nadie puede decir lo que es para él la noche, con sus tinieblas i sobresaltos misteriosos, con su impenetrable e irónica esfinge de la muerte.

Como símbolo del espíritu que se va, vuela en torno del humilde lámpadario, aturdida i torpe, diminuta mariposa. El roce de sus gláciles alas tiene latidos de hielo.

Algo magulla i roe en silencio. Poe tiembla, se estremece. I el ruido sordo, monótono, se redobla...

Sacúdense sus nervios convulsivamente; el horror le contrae los músculos... Delira. Pero el ruido sordo, el hambriento roer i roer de aquel ejército subterráneo, aumenta, aumenta siempre.

.....



Luego, el nocturno personaje de las sombras, el gato negro, maulla a lo léjos, allá donde danza el aquelarre.

I la brisa vagabunda, que azota las ventanas, golpea a sus oídos como el eco desolado i angustioso de imaginario estertor.

.....



La copa amarga está llena; pero no hace olvidar: tortura. Su suicidio es lento.

Poe bebe, desplomado en un rincón.

A la distancia, sonríe sarcásticamente una calavera, que parece mirarle a través de sus órbitas vacías.

La luna, medio oculta entre blancos cendales, va alejándose a morir, enviando al interior de la fúnebre estancia el último, lánguido, postrer rayo.

De repente, la pálida flámula de la bujía se extingue...

El pobre soñador de la senda dantesca, ébrio i aterrorizado, esclama:

¡Morella!..., Morella ha muerto...

I una sombra fria se reclina en sus sienes
abrasadas.

—¡Ah! nunca, nunca mas!... murmuraba
entónces el poeta.





UN SOÑADOR

¡Qué orijinal era aquel personaje!

Comenzó por beber café; al poco tiempo comunicó a sus compañeros que empezaba a gustarle el ajeno que afiebra i enloquece.

—Sí, me comienza a gustar... mas que el café, si no me equivoco; i lo decia despues de llamar al mozo del restaurant...

En efecto, no se equivocaba; varias veces se le vió regresar a su estancia con las piernas endebles i el andar vacilante.

Cada dia poníase mas silencioso i retraido.

—Oye, Claudio, pronto serás un borracho sombrío, le decian sus amigos, un bohemio de esos que tienen

"Alegre la tristeza i triste el vino..."

A menudo se quedaba largo tiempo en silencio i, mirando con sus ojitos pequeños i melancólicos el fondo del vaso, exclamaba:

—¡Ah!... soi feliz así!

I su lengua entorpecida producía un chasquido especial, paladeando con refinamiento satánico la copa de buen ajenjo.



Una noche, azotado por la lluvia i por el viento, se marchaba a tropezones, resbalando en la acera, arrebuado en su viejo macfarlan. Caminaba por una de esas calles de los grandes palacios, alumbrado por la luz vacilante de los faroles. Los carruajes esperaban a la puerta de las casas de fachadas réjias i mudas, miéntras en el interior de las mansiones opulentas resonaban la fiesta i la vida, reía la luz, incitaba la copa humeante, acariciaba la chimenea repleta de buen fuego, i el *champagne*, ese hijo rubio del sol de Provenza, brindaba el dulce ensueño, derramando la felicidad i el olvido, que el destino acaso trocaría despues en desgracias i angustias.

Al pasar, el pobre soñador escuchó los ecos de una cancion: cuyas notas dispersaba con

sus alas tempestuosas el viento frío de la noche. Volvió la cara, hundió su mirada en las sombras que lo envolvían i continuó sonriéndose... A corta distancia, percibió la silueta de una mujer que se destacaba borrosa i perdida en la oscuridad. La sombra cruzó la calle...

—¡Eh! monton de huesos i harapos, murmuró el vagabundo, oye... ven conmigo, ven, i juntos miraremos alegremente el mundo a traves de los cambiantes opalinos del licor de la dicha infinita...

El vagabundo recojió a la pobre mujer del rostro demacrado, del traje mordido, despedazado por la miseria; i siguió con ella bajo el cielo plomizo, dando al viento su cancion del vino...



Dias despues, me decia tristemente:

—¡Soi feliz!... Tengo agua i ajenjo, i a mi lado una jóven mujer que he recojido en el lodo de la lluvia, sobre las gradas de mármol de un palacio.

¡Infeliz soñador!

Sus manos pequeñas temblaban al hundirse

en la sedosa cabellera; su nariz fina i bien formada aspiraba con delicia el humo azul de un cigarro.

Se podian descubrir en su rostro, marchito i envejecido, las huellas siniestras del insomnio i del delirio... Si álguien se lo advertia, hablaba melancólica, nerviosamente, de Musset, de Poe i Baudelaire. ¡Oh! en esos instantes vagaba en sus labios algo indefinible como una sonrisa triste, pero de la mas honda tristeza..



Es verdad, balbuceó aquella noche; el licor ha muerto mis radiosas esperanzas...

I pidió otra copa, la bebió de un sorbo e inclinó la cabeza un instante sobre el pecho.

—Es así como puedo soñar, me dijo.

Tú no sabes mi historia ¿no es verdad?... Yo he querido mucho a una mujer que nunca lo ha sabido, i vivo i sufro i amo en silencio, sin mas compañero que el licor...

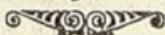
I repitió:

Es verdad que empieza a matarme ya... En mis noches de fiebre, delirante, he visto muchas veces a esa mujer... ¡Vuelve de nuevo, cruel e

implacable, a despedazarme el pecho!... La he sorprendido cubierta su alba frente con el velo nupcial, sonriendo tímida i apasionada, profanados por otra mano sus azahares, rotos los lazos que ocultaban su seno... Entónces, en ese estado sin nombre, indeciso i vago del insomnio, he querido levantarme, mirarla de frente; pero la mano del delirio, mano potente i fria, me ha impedido la flexion de los miembros... Solo he sentido los sacudimientos bruscos del despecho impotente... I la vision pálida i blanca de la vírjen de los azahares, la mujer del primer amor, ha llegado hasta mi lecho, i me ha mirado con aquella misma sonrisa de los quince años...

Sin embargo, agregó, ¡quién pudiese abandonar el vicio enervante i consolador del ajeno!... ¡Oh! buen compañero de los desesperados, no me traiciones, no calmes el latido presuroso de mis sienes! Quiero verla de nuevo... Tú eres quien la traes a mí, entre nubes de alcohol, quien me hace soñar con ese beso inefable de su boca, con el ósculo que tiembla i palpita, i que cual alma errante vaga despues en el inmenso azul...

I si no bebiese, continuó, ya no quedaria para mí ni siquiera el placer de esa tortura!...



BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"DIEGO BARROS ARANA"



BOHEMIOS

El sol iba ocultándose en los dominios del Rejo Señor, dejando el poniente cebreado de nubecillas empapadas en sangre.

Cuentan que Satanas se desesperaba, golpeando el negro suelo con el regaton de su angural enrojecido, creyendo que ningun otro mortal ingresaria aquel dia en sus dominios.

Mirando a la distancia, murmuró:

—¡Oh! ¡es mucho esperar!

En la tierra habia caido la noche. El César infernal bostezó, mostrando la doble hilera de sus dientes de marfil, largos i filosos... Allá en el mundo lució un relampago i la jente temerosa quemó palmas benditas i oró al buen Dios.

Tras la negra poterna, en que tenia su trono de cuarzo flameante el Omipotente Sobe-

rano, resonaba el himno de los demonios que corrian en tropel batiendo sus enormes alas i haciendo estremecer, con el cántico extraño i tremendo de sus blasfemias, las mudas paredes del vasto palacio.



Su nariz redonda se dilató con delicia, sacudió con fuerza su melena negra de leon i una sonrisa de júbilo iluminó su sombrío rostro.

Pero luego se oscureció nuevamente su formidable i tenebrosa fisonomía.

Un vago i dulce cantar llegaba hasta la escalinata de su trono infernal...

Escuchó en silencio...

—¡Oh! es una profanacion de mis dominios! murmuró, mesándose los crines de su barba hirsuta.

I aparecieron, por fin, arriados por un diabluchito pequeño i correcto, de aire pierrotesco, los pobres mortales que esperaba impaciente.

— Parecen estudiantes, murmuró por lo bajo.

Fumaban pipa, llevaban sumidos hasta las cejas sus sombreros negros, de amplias alas i vestian blusas raidas.

—¿I éstos?, preguntó.

—Son bohemios, Señor, dijo el diablo pequeño, correcto i de aire pierrotesco.

Se han venido murmurando que no estan acostumbrados a andar lijero, porque les apuraba para llegar pronto, agregó, empujándolos hácia adelante.

Satanas dijo:

—¿De qué se les acusa?

—¡Oh! ¡Oh!, murmuró la ronda, tomándose del brazo, somos buena jente, Rejio Señor, unos pobres bohemios...

—¡Silencio! tronó Satanás, con potente voz, crepitante i ruda.

Avanzó el mas pequeño con su cara de imberbe, i dijo entónces el diablillo:

—Este fué poeta i noctámbulo; ebrio i vago; se arrodilló ante Musotte i despues adoró a Dios en los altares; se embriagó con opio i nunca quiso trabajar; armó escándalos, cantó a la Divinidad i maldijo a Satanás; su culto fué la mujer; leia a Poe i Baudelaire... I, segun creo, el mui tunante se ha marchado

adeudando al tabernero seis o siete botellas de *absinthe*.

Satanas ocultó una sonrisa con una de sus manos velludas de largos dedos.



—Éste, continuó el diablucho, fué un soñador incorregible; místico i borracho al mismo tiempo.. Vivió en los cafés; recorría las callejuelas tarde de la noche, murmurando, entre dientes, alguna cancion de su caletre, o pernoctaba en la taberna, reclinando su cabeza en el sucio meson de un *cabaret*; vivió con una mujer, fea i ebria, como él; se olvidó de todo i, cuando le vino la muerte, empezó a dar gritos i aullidos, pidiendo un confesor...



—Ieste otro, prosiguió, mataba las noches de invierno haciendo con sus versos la delicia de grisetas i vagabundos; compuso estrofas obceanas i fué camorrista i pendenciero; le llamaban *el buen camarada* i compartia con los po-

brés su pan i su dinero; hirió de muerte a un acreedor e insultó a los burgueses; escribió cuentos neuróticos i amenazó con dinamita a un editor que no quiso admitirlos; hizo de la noche día i del día noche; iba al templo medio ebrio i juntaba sus manos temblorosas para balbucear una oracion; oía misa, i, en seguida, se daba noches de placer i de alcohol; buscó en el vicio sensaciones ignoradas i quemó en sus aras su cuerpo maldecido...

El diablillo calló un instante. Satanas reflexionó. Los tres bohemios miraban al suelo, con mística unción, escuchando el relato de su vida.

—¡Eh! borrachos, soñadores i vagabundos, dijo por fin, irguiéndose en su trono de cuarzo flameante, seguid andando, que yo no os recibo en mi rojo palacio!...

Entónces los tres bohemios deliberaron un instante.

—Ya es tarde, dijo el mas pequeño, con su cara de imberbe.

—¡Vaguemos... será nuestro destino! agregó el segundo.

—Vamos allá, donde brillan las estrellas, balbuceó el tercero.

I en alegre tropel partieron gozosos, tomados del brazo i dispuestos a noctambular toda la noche...

A lo léjos, despues de atravesar un desfiladero alto i escarpado, se divisaba el cielo con sus rejios luminares...





EL RELATO DEL CUERVO

El mas viejo de los cuervos de la comarca, dormitaba tranquilamente aquel dia sobre una rama de algarrobo, cuando resonó un ruido a la distancia. Descubrió entónces su cabeza calva, escuchó en silencio, batió tristemente sus negras alas i empezó a acariciarse con el pico la única pluma blanca que ostentaba en el buche. Paseó de nuevo su vista por el paisaje, sombrío i gris, que se tendia a lo léjos, encojió una de sus flaquísimas patas, miró con desconfianza el tronco i las ramas del árbol i cerró sus ojos amortecidos de anciano, murmurando...

—Luego han de venir...



Habia llegado a ser un cuervo de larga i tenebrosa historia. Su canto, siniestro i maldito, era el heraldo misterioso de la muerte. Contaba la historia de muchos siglos i sacaba la cuenta de los dias i horas que a cada cual le restaban en este mundo. Gastrónomo i sibarita: nadie como él, hincaba mejor su garra formidable en el ojo de la res moribunda. Llevaba por todas partes el miedo i el pavor, i su canto, seco i triste, resonaba en chozas i palacios. Su graznido interrumpia las fiestas i era el anuncio de angustias i miserias.

Los cuervos mas respetables le llamaban maestro, inclinaban la cabeza al hablarle i miraban humildemente al suelo con sus ojos hundidos i amarillentos.

Pero aquel viejo cuervo, autócrata i severo, iba a ser acusado ese dia, ante un tribunal nombrado *ad-hoc* para juzgarle de un crimen castigado con azotes i galeras por el código draconiano que él mismo habia dictado en otro tiempo.

Por eso el cuervo negro de ilustre projenie, levantó la cabeza con desprecio olímpico i murmuró al percibir a la distancia unas cuantas manchas oscuras que se ajitaban a lo léjos:

—Ya vienen... ¡Jentuzal...



El tribunal se constituyó en una de las ramas del añoso i polvoriento algarrobo.

Presidia un cuervo anciano, grave i silencioso, de alas caidas i mirada estúpida.

Asistia numerosa barra de cuervos curiosos i desocupados a observar aquel acto solemne i trascendental.

—Habeis faltado a nuestras leyes: habeis respetado a uno de nuestros enemigos, dijo con voz pausada el cuervo anciano, grave i silencioso...¿Teneis que decir algo en vuestra defensa?

El acusado, frio e impasible, miró con desprecio:

—Bien sabeis mi historia... pero la repetiré como un ejemplo que ojalá no olvideis, dijo con orgullo. He perdonado a una mujer ¿no es eso?...

—Exacto, respondió el fiscal, alargando un amable picotazo a uno de sus colegas que se habia puesto a dormir tranquilamente al principiar la relacion de la causa.

El acusado dió, por fin, principio a su defensa.

—Es un orador... un verdadero orador, murmuraba la concurrencia.

—I qué calma tiene...



Habia sido mui malvado, en verdad, aquel maldito pajarraco.

—Nunca, nunca, tuve compasion de nadie, decia a cada instante, ajitando sus alas cenicientas, deslustradas por los años.

El tribunal entero parecia vivamente interesado con el relato de sus hazañas.

—Una mañana de frio i lluvia en que yo estaba en este mismo árbol, asechando mi presa, entumido i muerto de hambre, asertó a pasar por aquí la vieja María... Hace de esto pocos años... Harapienta i miserable, iba titirando bajo la lluvia... Entónces, señores, rasgué el aire con un graznido i la vieja me miró gritando:

—¡El cuervo, el cuervo!...

—Dos años ántes, posado en la copa de una higuera, le habia cantado una noche en que su hijo estaba enfermo i el pobre murió... Ya sabeis que siempre he mantenido relaciones cordiales con la muerte. Aquella mañana, la vieja me reconoció al instante. Canté de nuevo i repitió, queriendo huir:

—¡El cuervo, el cuervo!...

—¡Oh! qué poder tengo entre las jentes del lugarejo!... Pero seguia caminando con pasos vacilantes i yo firme en mi rama con

los ojos fijos, fijos en ella, i de tiempo en tiempo, un nuevo graznido. Sin embargo, continuaba alejándose... ¿qué habríais hecho vosotros en este caso? ¿Dejarla arrancar?... Pues nó. Descendí de la rama i revoloteando sobre su cabeza la aturdí con mis gritos i mis muecas. Entónces cayó desmayada sobre la nieve.. i el banquete fué opíparo!

—¡A cuántos he aterrorizado i atormentado! dijo el cuervo prosiguiendo.

—Sucedió hace algunos años que encontré en mi camino a un sabio que fué al bosque a herborizar... ¡Pobre sabio! ¡Buen señor aquel! Gordo i atocinado como ninguno. Rendido i sudoroso volvía ya de su expedicion matinal, alegre i contento, con sus hierbas bajo el brazo... Pero héteme aquí que al buen naturalista le da por dormirse en un recodo del camino... Los pájaros cantaban entregándose a escandalosos idilios; el campo se cubría de flores... ¡Magnífico tiempo, señores!

—“No vendria mal una siestecita”, dijo el sabio calvo i obeso, sentándose en el pasto fresco, recién nacido.

I los pájaros, observándolo entre el ramaje, chillaban alegremente, como si estuviesen complotados para no dejarle en paz:

—Chiu... Chiu...

Pero no tardó mucho en dormirse... ¡Oh!... me dije, descolgándome de mi rama...

En verdad, señores, que yo estaba anémico de apetito... Alevosamente hiqué mis garras en la nariz del sabio i enterrándole mi pico enarcado en un ojo se lo arranqué... ¡nada mas! Siempre he tenido excelente gusto gastronómico i la cesantía no la he comprendido nunca en el estómago!...

—En otra ocasion, continuó, me habia fijado ya en cierto poeta que se habia aclimatado por estas tierras... Pero el malvado no me temia. Se decia un hijo del pais del ensueño, un desterrado en la tierra, donde bien sabeis que en todas partes abundan los cuervos i las garduñas. En varias ocasiones lo sorprendia en el campo donde se iba a *espíar* las puestas de sol, repitiendo:

—¡Oh! el azul... *l'art c'est l'azur*...

I amaba a la muerte i aborrecia a los hombres porque no lo comprendian; pero decididamente parece que la muerte no lo queria aun, porque resolvió matarse por fin. ¡Pobre poeta!... Un buen día, en una hermosa puesta de sol, lo encontré tendido de bruces en el

fondo de un abismo... Era un poeta, i por estas tierras, señores, decir poeta es decir la mayor miseria fisiológica!...

—Me consta, agregó el fiscal; realmente suelen alimentarse mui mal los poetas por estas tierras...

Hubiera querido perdonarlo, porque a veces, cuando el provecho es lo que falta, la caridad es lo que sobra, prosiguió el acusado; pero deseaba averiguar si aquel poeta padecia, como el sabio naturalista, de reblandecimientos cerebrales...

—Vamos al capítulo de la acusacion, interrumpió el presidente: Habeis perdonado a una mujer, agregó, inclinándose hácia adelante para oír mejor.

—¡Ah! sí, respondió el cuervo, irguiéndose en sus piernas decrepitas. Era Nohela, la favorita de los sueños del poeta... He solido pasar sobre su tumba. Mas que un sepulcro, parece que es el nido donde van a dormir, sobre los pétalos del lirio, o en el cáliz virjinal de la gardenia, las mariposas de alas esmaltadas de oro, que huyen en la mañana, cuando las madres-selvas dejan pasar, como un encaje, los primeros rayos del sol...

—Una tarde en que las albas margaritas se inclinaban temblorosas sobre el suelo, que cubria de hojas marchitas el ósculo frio de la brisa otoñal, Nohela fué al cementerio del lugar a preguntar a las violetas blancas i azules por qué no florecian en ese pedazo de tierra en el cual dormia su amado el sueño eterno de la tumba... El sol iba a ocultarse ya; los pájaros habian enmudecido...

—Es la tumba del sér a quien amaste...

—I las violetas, blancas i azules, que alimentaba el amor, esa llama vital que vive mas allá del sepulcro, se coronaron de lágrimas al escuchar el llanto de Nohela... Desde ese dia perdió la razon la pobrecita... Con la cabellera desgreñada i suelto el vestido, vagaba por el bosque, cual una Ofelia, deshojando margaritas... Bien está, me dije un dia, i en lo mas impenetrable i sombrío del bosque la sorprendí con mis graznidos... Miró al cielo con la vista dislocada i triste i al divisarme cual una mancha negra entre el verde ramaje, cayó al suelo, como herida en lo mas hondo de su corazón... Descendí hasta ella i al rasgar sus vestiduras i los lazos que ocultaban su seno de vírjen, sentí el perfume embriagador del alba castidad de su cuerpo... La

cubrí con mis alas, i despues volé de nuevo tristemente a mi rama...

El cuervo guardó silencio i los jueces conferenciaron un instante.

—El tribunal os absuelve, dijo el presidente, inclinándose con respeto.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"



LUCIÉRNAGAS

A Oliverio Bertin

Las mariposas charlaban en la grama del prado, recibiendo en sus alas, esmaltadas con desvanecimiento de iris, los juveniles rayos de la aurora.

A su lado un escarabajo, armado de deslumbrante broquel contaba a la matinal reunion los funerales del invierno, moviendo gravemente sus diminutas anténas.

—Nosotros los mayores llamamos así, decía, a la ceremonia con que celebran todos los escarabajos del valle la ida del invierno...

Las mariposas, locas, saltando entre la hierba, embriagadas de luz i de perfumes, humedecían sus alas en el purísimo rocío que habia

depositado la noche en el nívio corazon de las margaritas, o se estremecian voluptuosamente al contacto de la casta blancura, al beso perfumado de aquellas flores, primeras vírgenes que ofrendaba el campo a la primavera.



—Ha sido el invierno quien nos ha dado estas flores dijo el escarabajo internándose en sus dominios donde a poco se detuvo a meditar...

—No tienen ni una lágrima, ni un adios para él, murmuró al ver alejarse las mariposas... I, sin embargo, agregó, nos ha dado la vida, i él tambien nos volverá despues a la nada...

I se preguntó mui taciturno el escarabajo:

—¿Hacen bien?...

—Sí, mui bien hacen, le respondieron las violetas.



En el valle, el sol de la mañana inundaba de oro el matizado deslumbrador del campo.

Veíase venir a lo léjos, bordeando un angosto caminillo, a un viejo i a un jóven.

Habian salido al amanecer en busca de la fortuna, de un cercano pueblo en que el viejo bailara alegremente en otro tiempo la farándula al són de pífanos i tamboriles.

Marchaba el anciano en silencio i contento jóven, velados sus ojos por un vago ensueño de dicha.

Locas de felicidad entonaban, entre tanto, las aves el himno matinal de su primer beso, las ardientes estrofas de su primer cantar...

Estremecidas las violetas por la palpitation musical de la brisa, temblorosas de amor, inclinaban su púdica frente en el húmedo seno de los lirios, esos poetas silvestres, afortunados Don Juanes de los campos floridos.

¡Primavera!

Un hálito vaporoso, bañado en la pura luz de un sol naciente, emergía del suelo, elevando hasta el diáfano azul la dádiva amorosa de las florecitas del bosque: la blancura de las margaritas, el tinte encendido de las rosas i el perfume humilde de la hierba-buena i la mejorana.



Los viajeros marcharon todo el dia.

Cuando llegó la noche, la luna les sor-

prendió descansando en un recodo del camino.

El bosque había quedado atrás, pálidamente iluminado por la luz blanquecina de la noche que daba a sus hojas apagados reflejos, coloración sombría.

—¡Oh! dijo el viejo, ¡qué triste es la noche!

Las sombras tomaban extrañas formas, dibujaban siluetas siniestras de incógnitos seres que contraían dolorosamente sus músculos sobre el verde mortuorio del campo...

—Alejémonos, balbuceó entonces el viejo, poniéndose en marcha con la cabellera desgreñada como un rústico i humilde rei Lear.

—Pronto llegaremos, le contestó el joven, sonriendo confiado, mientras su taciturno acompañante volvía la cabeza para observar el desolado i silencioso sendero que se adormecía a sus espaldas.

El viejo miró despues al cielo i bajó sombríamente el semblante lívido...

Bogaba la luna entre negros jirones de nube a traves de desmayada i oscura hopalanda.

—¡Ah! dijo el viejo, la tormenta se aproxima. El cielo se ha nublado...

—¿No ves aquellas luces?... Llegaremos... Ten confianza, le respondió el jóven.

—La luna, como cansada de un remoto viaje, se envolvió nuevamente en fúnebre sudario, i el torcido camino que conducia hasta el lejano lugarejo de las casuchas aplastadas i miserables, quedó a oscuras i lóbrego, bajo el inmenso capuz del cielo.

—¡Llegamos, llegamos! repetia el jóven viendo brillar a la distancia, entre la hierba, algunas fúgaces lucecillas.

El viento hacia crujir las espadañas del arroyo. Los esparabanes graznaban lúgubremente.

Pero los peregrinos caminaban siempre, extraviados en medio de la noche i la tormenta...

I el jóven repetia nuevamente, viendo brillar las misteriosas lucecillas que alimentaban su esperanza loca:

—¡Llegamos, llegamos!...

El viejo, impreso el horror en su semblante, cayó por fin miéntras brillaban a su lado dorados fulgores, entre las yerbas marchitas del campo...

Despues, reanimó sus fuerzas agotadas i levantándose de nuevo fué a caer en seguida,

rendido por la fatiga en medio del barro i de la lluvia, miéntras el jóven, seguia su penoso camino tras las falaces luciérnagas que brillaban a su paso...





GERVAIS

I

El París nocturno empezaba a despertar. Los teatros i restaurants iban quedando a oscuras, miéntras noctámbulos i bebedores retrasados, atravesaban de prisa los boulevards, replegándose hácia Montmartre o Belleville.

El café "Chaunard", donde se bebe i se charla hasta el amanecer, no habia cerrado aun sus viejas puertas.

—¡Eh! decia Mr. Chaunard, al entrar un nuevo parroquiano, ya las mesas estan llenas...

I el buen viejo reia alegremente, observando la mesa de los estudiantes, de aquellos malditos estudiantes que atruenan el café con sus gritos i sus aplausos, miéntras afuera resuena la lluvia, golpeando la oscura i desprovista vitrina.



Es noche de invierno i silba el viento. El café está alegre i bullicioso. En aquel rincon del ensueño se canta i se rie...

En la calle, el viento glacial tambien se va murmurando su lied melancólico, así como para apagar con sus ecos dolientes muchas lágrimas i jemidos...



—¡Noche de invierno, noche alegre!

—¡Ajeno!

—¡Musotte, una cancion!.. ¡Gervais ha muerto!...

—¡Pobre Gervais!...

I una carcajada unísona i sonora dispersó el humo de las pipas.

Musotte canta; los sombreros se ajitan locamente en el aire i resuena una salva de aplausos.

Luego:

—¡Ah!... Gervais... murmura Musotte.

Gervais habia sido mui loco: acababa de *marcharse* en lo mejor del invierno.

—¡Pobre! balbuceó nuevamente Musotte, empapando sus labios entreabiertos en una copa de *absinthe*.



Despues, se contó una anécdota callejera.

—Señores, Murger, el gran Murger tendrá estatua!

—Verlaine cantará aquí mañana...



—Oye, Musotte: Gervais se suicidó al dia siguiente en que lo abandonaste... Dáme un beso... ¡Gervais ya no existe!

—¡Mas ajenjo!

—Musotte, ahora podremos besarnos, ir juntos a Bullier o venir a casa de *l'oncle* Chonard.

—¡Noche de invierno, noche alegre!

.....
—¡Pobre Gervais!...

—¡Infeliz Musotte!



El café está azul. El humo de las pipas ondea en el aire i bate el ensueño sus alas en aquel rincon del pais latino, en aquel buen rincon del pais latino.

—¿Por qué no sacudir un poco el polvo a los recuerdos?

La banda aplaude i grita:

—¡¡Bien, bien!!

El orador prosigue:

—¿Por qué no viajar un poco a través de diez años de vida bohemia?...

Las copas estan llenas; van surgiendo de ellas, como una vision que se bañase en su fondo irisado, los recuerdos de amor i de placer.

—Mañana, grita el mas viejo de la banda, el corazon estará gastado i muerto, muertas las sonrisas juveniles i helados los labios de Musotte... ¡Musotte, rie, rie; no pienses en Gervais, ¡Gervais ha muerto! La vida es así, hai que entretenerla cantando para soñar en algo... Musotte, dáme un beso i déjame reclinarme en tu seno, escuchando una cancion...



Se levanta otro de los ebrios de la alegre tropa. Es un poeta. Dice:

- Ayer quise la muerte...
pero hoi quiero soñar, quiero reir
i que al llegar la hora de morir
oprime una mujer mi labio inerte!

Despues:

—Musotte, ¿recuerdas tu huida con Gervais?...

—¡Ah! entónçes el pobre era mas alegre...

—Ha encontrado por fin la gloria que buscaba, en la acera empapada del boulevard Saint-Michel...

En los labios de la concurrencia se veian sonrisas compasivas o de desprecio: eran la oracion fúnebre a la memoria del pobre Gervais...



—¡Noche de invierno, noche alegre!

Afuera cae la lluvia i la nieve va cubriendo la tierra con un sudario blanco, manchado de barro.

Un viejo pasa corriendo para no helarse de frio. Las torres, coronadas de cruces, dan lentamente las horas, muertas de frio en aquella noche pluviosa.

—Media noche... decian los bohemios en coro.

—¡Oh! la hora de los duendes i los buhos...

—De las ofrendas a Vénus...

—Dos... tres... cuatro... Maldita campana, voz funeral, símbolo cruel de la vida que va perdiéndose poco a poco en el espacio inmenso de la nada!

.....

II

En aquella noche, la *Nuit de Noël*, la loquilla favorita del café Chaunard se fastidiaba atrozmente en los brazos de un viejo burgues que se habia propuesto no dejarla dormir con sus besos i sus caricias. Gervais, entre tanto, lloroso i cabizbajo, fumaba en silencio su vieja pipa.

En su cuartucho no habia ni fuego ni luz... Musotte habia huido, aterrada por la negrura de aquel rincon.

La nieve se desgajaba en copos blancos del cielo. Sobre la mesa, desparramados en desórden, dormian tranquilamente los papeles escritos durante el día: eran el postrer cántico a Musotte.

—No hai pan, no hai vino..., Musotte ha huido de mí, murmura Gervais, desesperado.

I como hiriente carcajada llegan hasta él los ecos i rumores de fiesta de la gran ciudad.

—No hai luz, no hai fuego, repite una i otra vez...

I le responde el himno que da al viento el organillo callejero.

—¿Qué hacer? se pregunta... I, como el

riente jemido de un *clown* que quisiera hacer reír con sus muecas dislocadas de hambriento, resuena nuevamente la matraca callejera parodiando un airecillo de café cantante.

Llueve i el cielo deja caer sobre la tierra sus lágrimas heladas.

Gervais murmura con acento apagado i lánguido:

—Musotte, mi amada Musotte, ¿por qué has huido de mí?

Miró en seguida su lecho abandonado i frío i rompió a llorar como un desesperado, murmurando:

—¡Si se pudiera dormir!...

Se acercó aterrado a la ventanucha de su bohardilla.

A lo léjos brillaban millares de luces... Le pareció que un viento de muerte estremecía a aquellas luces... Eran las luminarias de los teatros que bailaban de gozo en sus grandes arcos, viendo como partían los carruajes, lujosos i brillantes al escape de sus troncos encapados.

— Tal vez Musotte ha estado ahí, pensó i un sollozo interrumpió el silencio de su cuartucho.



Gervais soñaba. Había visto rasgar las sombras que lo envolvían, la errante i pálida vision de la inconstante Musotte.

Después se dejó caer en un rincón de su cuartucho helado.

Entonces Musotte, su amada Musotte, abrió suavemente la puerta i acercándose hasta él lo besó en los labios...

—¡Ah! soñaba, dijo despertando...

I se durmió nuevamente, pensando en su fantástica vision.

.....



Gervais, el enamorado hambriento, se vió de improviso en lejana rejion de fúnebre sombra. Léjos, mui léjos de él descansaba una ronda de bacantes embriagadas... Príapo se reclinaba en sus senos vibrantes... Gervais no sabía donde estaba.

Pasó una de las bacantes i dijo:

—Hé ahí un poeta.

¿Creeis en el ideal? le preguntó...

—¡Pobre Gervais! dijo un fauno burlon, tocando su flauta salvaje.

—¡Pobre loco! murmuró otro.

—Ha sido un desgraciado, dijo la bacante blanca, de carne perfumada. Aquí como en el mundo, padecerás tortura viendo gozar a los deinas... el mundo se ha reido de tí porque quisiste ser bueno...

La bacante se alejó al fin perseguida por el fauno burlon de la flauta salvaje.

Gervais quedó entónces abandonado en el solitario rincon de la rejion sombría.



Sintió nuevamente hambre i frio al despertar. El pobre estaba loco. Repetia muchas veces, a modo de estribillo:

—No hai luz, no hai fuego, no hai pan, Musotte ha huido...

I despues de quedarse un instante de silencio, murmuró:

—¡Si se pudiera morir!...

I se encaminó hasta el balcon de su bohardilla, mirando el boulevard que se tendia a sus piés cubierto de lodo.

Los mecheros de gas se perdian a lo léjos, alineados en interminable fila, bajo el manto negro de la noche.

Gervais tomó entre sus manos temblorosas

el cántico a Musotte, lo sepultó en sus bolsillos i abrió la ventanilla de su cuartucho.

—Qué fria mortaja el barro del boulevard, murmuró...

Un bulto negro rasgó entónces las sombras i cayó pesadamente en la acera empapada por la lluvia.

Pasó una comparsa de ebrios i murmuró inclinándose sobre el bulto negro:

—Es Gervais.

—El poeta...

—El enamorado...





NOCTURNO

Después de beber la última copa, tomó su sombrero, pagó su cuenta i atravesó con pasos tranquilos i reposados el patio de Gage.

—Un ebrio, murmuraron algunos al verle pasar...

—Un bribon, agregaron otros...

—La vieja puerta del restaurant se abrió en seguida lentamente; el pobre diablo *ebrio* o *bribon*, salió a la calle levantándose el cuello i siguió andando pausadamente, iluminado a trechos por las linternillas rojas de los carruajes de alquiler que, alineados a lo largo de la cuadra, esperaban la salida de los parroquianos del restaurant.

En las calles se distinguia apénas confusa-

mente la borrosa silueta de uno que otro coche que se destacaba como una mancha negra en medio de la oscuridad de la noche, oscuridad que desaparecía apénas de rato en rato, cuando la luna dejaba caer los tímidos i fatigados fulgores de su débil luz desde las nubes lejanas que la ocultaban a trechos.



Claudio siguió su camino en silencio i llegó por fin cabizbajo i pensativo ante su mesa en desórden.

Se dejó caer en su silla de trabajo, inclinó la cabeza sobre las cuartillas en blanco, mudas, que le esperaban tantos días en silencio, i una lágrima rodó a escape hasta ellas, borrando los primeros versos de una estrofa amarga escrita con hiel.

.....



¡La vida! pensó, tomándose la cabeza con ámbas manos.

I casi adormecido por el licor en medio de la atmósfera insomne que le rodeaba, empezó a aspirar vagamente el perfume estinguido de

su ayer i a percibir mui cerca de él, como caprichosas manchas de tinta, surjiendo del blanco de sus cuartillas, los abrojos de su porvenir, sin mañana i sin luz.

.....



Hacia apénas un año a que volvía una noche del café, lleno de ilusiones, levantando castillos en el aire i habia huido ya para siempre la bohemia injenua de los veinte años... Estaban compradas las caricias del amor pagado i su alma se sentia enferma, envenenada, triste, alimentando estrañas ideas que surjian en sus horas de nostalgia cuando daba el sol de la tarde sus adioses al dia, tiñendo de suave dorado el marco de la vieja puerta de su habitacion, miéntras escuchaba a lo léjos los últimos golpes de martillo que daban los obreros en la fragua humeante.

Él no se esplicaba por qué iba solo en la vida, devorando en silencio el odio inmenso que se habia depositado en su alma.

Veia allá mui léjos, perdida entre el paisaje húmedo i sombrío de un arrabal, la harapienta muchacha rubia con que se habia be-

sado sobre el barro de las calles, al volver las esquinas i sobre las mesas grasientas de las tabernas.

¡Ah! pensaba con la cabeza caída sobre las blancas cuartillas en que habia escrito su primer estrofa amarga, ese pasado, ese ayer lejano, perdió fugazmente sus colores dejando solo una mordedura mas...

La sonrisa se ha helado, han contraído sus graciosos labios al reclinarse sobre mí frente... I la ilusion ha plegado tambien sus alas i huyen i se pierden entre sombras sus formas voluptuosas de mujer desnuda.

.....
—Despues, continuó, miro renaciendo de nuevo la esperanza de los besos i las flores que desparramé en el seno marchito de las mujeres... Fué entónces cuando me encontré solo, mudo, languideciendo en brazos del placer enfermo.



—Hojea las escondidas pájinas del libro del corazon... ¡Qué locura! murmuró levantando la cabeza i se quedó un instante pen-

sativo, sumida su alma en la mas honda pena i como asediado de nuevo por el recuerdo volvió a reclinar su frente sobre la mesa.

.....

—La amistad... el deber, murmuró.

No sé de recuerdos, agregó; solo conservo el de las primeras ilusiones en el cementerio sin cruces del pasado... Ese recuerdo es como el tañido de lejana compana resonando en medio de silencioso camino abandonado.

.....

—Un recuerdo mas, murmuró despues.

Habíamos atravesado en grupo la estension desierta de una gran parte de la ciudad. Volvíamos al café. Aquellas noches nos encantaban.

El restaurant languidecia lúgubrementemente con sus tres luces mezquinas parpadeando tras el mugriento cristal de sus globos trizados.

Nos agrupamos al rededor de nuestra mesa cercana al meson.

A los diez minutos el café entero resonaba con los gritos i las conversaciones en alta voz.

Era el tiempo en que íbamos a devorar la gloria a mordiscones. Cada cual se la bebia de un sorbo en su copa de *absinthe*. ¡Oh, hu-

mo de la taberna, vestidura azul de los sueños!

—Le habeis devorado ya un ala a la gloria, les dije. Yo, no la quiero, solo sueño despierto con los derroches de vida i las orjías de besos.

I desde entónces, continuó, siguió cada cual aparte su camino: ellos amenazando de palos a la gloria sino venia luego a cenar con ellos; yo, enfermo arrojando todos los dias un poco de vida al borde de la vía...

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL



463085



INDICE

	PÁjs.
El sueño de un borracho	1
Musotte	9
El último beso	13
El pequeño clown	19
Poe	23
Un soñador	29
Bohemios	35
El relato del cuervo	41
Luciérnagas	51
Gervais	57
Nocturno	67



EN PREPARACION:

Sepias (*Cuentos realistas*)

Travesuras críticas (*Epístola a René
Vinci*)

